



PRÓLOGO

El dolor en las piernas era ya abrumador a esas alturas, pese a su entrenamiento y la costumbre de trotar todas las mañanas. En cualquier momento se detendría y su objetivo escaparía, pero, lo pensó mejor, desacelerando un poco, escaparía de qué? Se sintió de pronto como un perro tonto persiguiendo un coche; qué haría cuando le hubiera dado alcance? Y si dejaba el rifle ahora? Iría con menos peso y podría... No, ni de chiste dejaría el rifle. Sabía que podía correr un poco más, pero sabía también que todo eso sería en vano, así que por qué no dejar todo esto ahora? Realmente no iba a haber ninguna diferencia, además de ser una total insensatez. La lógica se impuso finalmente y el hombre se detuvo poco a poco, y desde su posición, sus ojos miraron con desazón aquel extraño objeto alejarse hasta desaparecer. Dejó el arma en el suelo y se encogió jadeante apoyando las manos en las rodillas, el sudor comenzaba a correr copiosamente por su cara. Se quitó el pasamontañas de la cabeza, luego aspiró profundo varias veces para regular su ritmo cardíaco y respirar con normalidad. Se irguió y miró a su alrededor, estudiando el sitio donde estaba. Miró su reloj, aún era claro; según su posición, el sol tardaría aún dos horas o poco menos en ocultarse. No podía estar seguro, pero no recordaba haber virado en ningún momento, y no se atrevió a asegurar haber perseguido en línea recta a ese estúpido... No, no podía llamarlo por lo que creía que era, aún estando sólo, por miedo a parecer un completo imbécil.

Lo que sí hizo fue recoger su winchester, dar media vuelta y caminar en sentido contrario; el bosque es inmenso,

pero estaba seguro de que reconocería parte del camino y lograría encontrar de nuevo el sendero. No pudo haberse alejado tanto del lago. Lo único que tenía que hacer era seguir su brújula y eventualmente saldría del bosque, en una u otra dirección.

No tenía idea de cuanto camino había recorrido, pero sin darse cuenta, el sol había disminuido considerablemente su brillo, y la temperatura también había bajado al punto de que ya no sentía calor dentro de aquel bosque ahora en tinieblas. Temió que lo atrapase la oscuridad estando ahí dentro, y ya era suficientemente fácil perderse con la luz del día iluminando el camino.

La luz del sol, como era de esperar, desapareció, dejando en su lugar el plateado resplandor de la luna, que apenas servía para establecer diferencia entre tener los ojos abiertos y cerrados. También desaparecieron los ruidos habituales del día; esos que no son animales ni maquinaria, son simplemente el día mismo haciéndose escuchar; existiendo. El viejo Alfredo supo en ese momento que estaba perdido, porque la gracia de perderse radica en el hecho de no saber donde está uno parado, así el camino sea el correcto. Sacó su brújula táctica de la cazadora y avanzó unos cuantos pasos, haciendo crujir las ramas bajo sus pies. Los árboles eran muy altos y no dejaban pasar sino delgados haces plateados hasta el suelo, así que no podía ver más que uno o dos metros hacia cualquier dirección. Levantó entonces su mano para visualizar la brújula y se quedó extrañado, deteniéndose en seco. El pequeño aparato parecía haber enloquecido; la aguja solo giraba y giraba sin detenerse, como si tuviera un imán cerca que le impidiera apuntar al norte

correctamente. Cerró la brújula con fastidio y la guardo.

En ese instante un ruido extraño que provenía de atrás lo sorprendió. Se agazapó un poco, alerta, pero no podía ver ni oír nada. Avanzó a gatas, apartando las ramas y hojas que le arañaban el rostro, se puso el pasamontañas como máscara para protegerse y continuó, deteniéndose cada tanto para escuchar, pero el sonido no volvió a sentirse. De pronto, en su flanco izquierdo, apareció una tenue luz verdosa; parecía como si las altas copas fueran iridiscentes.

Se volvió hacia la luz, y se quedó ahí un buen rato agachado bajo la protección de las sombras que ofrecían los altos matorrales. Y fue después de un período de tiempo que no pudo determinar, que aquello apareció.

El objeto no tenía forma. Era... Sólo algo abstracto que parecía sostener una linterna gigante, y de esta emanaba aquella luz de varios matices de verde y amarillo. La cosa parecía flotar en el aire, y emitía un ruido muy tenue, que era más bien como una vibración. Se hizo visera con la mano para intentar ver lo que había detrás del faro, pero fue inútil. Cuando sus retinas se adaptaron a la luz, pudo atisbar, sin embargo, que un familiar punto más brillante aparecía en el centro del foco original; no pudo su cerebro registrar o reconocer el color debido a la confusión. Miró entonces su propio cuerpo bañado en aquella extraña luz y comenzó a sentirse cansado, débil; una sensación de derrota total, física y emocional. Intentó apuntar el arma hacia aquella cosa, pero en ese momento le pareció que el peso era excesivo. Unas voces

comenzaron a gritarle desde lejos algo que no podía entender, parecían pedirle algo...

Dándose por vencido cayó de rodillas en el húmedo suelo, y sintió que mantener los ojos abiertos le suponía un esfuerzo gigantesco. Cuando la oscuridad lo envolvió, su mente decidió también perderse, y ya que la oscuridad sólo estaba afuera, decidió colorear su interior de miles de gradientes de verde, naranja, rosa y azul, un espiral de colores pareció tragárselo hacia un infinito intangible y finalmente, se sintió en paz.

CAPÍTULO 01

Alfredo Ponce se despertó con la alarma de las siete de la mañana, que consistía en el encendido automático del televisor de cuarenta y dos pulgadas que tenía en su habitación, en la planta alta de la casa. No tenía por costumbre dar vueltas en la cama antes de levantarse. Tan sólo mirar por unos minutos las decoloradas vigas que sostenían el techo con la promesa de que, más temprano que tarde, debía ponerles una mano de pintura. Desde el televisor llegaba la voz del presentador del noticiero de la mañana. Hablaba con cierto drama acerca de un atraco frustrado por un ciudadano común que se quejaba de la inseguridad; era un hombre mayor que aseguraba que en sus tiempos había más respeto, y que la culpa es la educación que se imparte en las escuelas. Se levantó y se fue hasta el televisor, lo apagó y caminó al cuarto de baño para asearse. Se puso ropa para trotar, zapatillas de goma y un pasamontañas táctico. Desde el televisor llegaba la voz de un corresponsal de algún noticiero. Otro día había comenzado. Sólo era cuestión de seguirlo hasta el final y pronto habría otro exactamente igual.

La vieja casa era de dos pisos, estaba hecha de madera y emplazada en una reserva ecológica de la localidad de Hudson; un sitio tranquilo, un lugar agradable y acogedor para quienes desean apartarse del bullicio citadino y disfrutar de la tranquilidad de los ambientes de campo. Dentro de la zona se haya una reserva forestal de significativa importancia, la cual perteneció durante un tiempo a personalidades de nombres con igual significancia. Nombres como Juan de Garay, Juana Pinto y Simón Pereyra tuvieron en sus

manos los títulos de propiedad de esas tierras, y no sería sino hasta el mandato de Juan Domingo Perón que pasaran a manos del estado para convertirse en el sitio que hoy es. La otrora estancia Santa Rosa alberga aún la mayor cantidad de especies forestales de la capital del país, así como unas doscientas especies de aves. Es una de las maravillas ecológicas más llamativas de Buenos Aires, y también el sitio en el que tuvo lugar un acontecimiento que nunca llegó a saberse y que se mantuvo enterrado en el baúl del olvido y del que nadie ha hablado jamás.

Esa mañana salió a trotar, igual que todos los días, y volvió, también igual que siempre, una hora después, sudando a pesar del frío, y manteniendo el ritmo respiratorio como la disciplina militar le había enseñado, y lo que se aprende en el ejército es algo que difícilmente se olvida. Se preparó un almuerzo rico en proteínas cuando regresó a la casa, y se fue a duchar con agua templada mientras la comida reposaba en la mesa; parecía que todo estaba calculado de forma fría y recta en la vida del ex militar. Volvió a la cocina y dio buena cuenta del plato que había servido. Antes de retirarse a sus aposentos de la planta alta, se acercó en silencio a la salamanca, que crepitaba suavemente dejando escapar un resplandor naranja por las rejillas. Chequeó la cantidad de leña y, aunque le pareció suficiente, el día pasaba más rápido cuando se hacía algo, así que decidió salir a cortar un poco más para tener apilada en el depósito. Cogió la filosa hacha que ocultaba en un rincón detrás de la puerta y salió sin más protección contra el frío que un delgado suéter sobre una camiseta de algodón.

Eran más de las cinco de la tarde cuando Alfredo regresó de la faena. Había cortado una buena cantidad de leña que descansaba ahora en el cobertizo anexo a la casa en uno de los laterales. Entró a la cocina de nuevo, regocijándose con el calor de la salamanca y cogió de la alacena una botella de whisky que estaba a medio acabar y un pequeño vaso de vidrio de la encimera, luego subió a la segunda planta con la idea en la cabeza de nublar su mente con los vapores etílicos y dormir para acabar rápido con el día. Los rayos del sol habían menguado y la vista se había vuelto mucho más nítida con la luz solar como telón de fondo. Así que fue hacia el balcón y corrió las cortinas para dejar entrar la claridad y un poco de aire fresco. Encendió el aparato de televisión. Esperó hasta reconocer el programa que se transmitía y cambió de canal, y volvió a cambiar hasta que encontró el canal de noticias y fue entonces cuando se dispuso a sentarse en el borde de la cama y beber del amargo licor.

El efecto soporífero del alcohol hizo efecto en Alfredo bastante más tarde de lo que lo haría con una persona común, y él no era una persona común, o al menos eso era lo que se había grabado en el cerebro durante muchos años y había endurecido su espíritu para encarar los desafíos que la vida le imponía. El ruido del televisor continuó separando a Alfredo de un silencio absoluto hasta que el temporizador interno detectó la inactividad y envió la orden de apagado automático. Lo que inició la cuenta atrás para el proceso contrario a las siete de la mañana del día siguiente.

CAPÍTULO 02

Los ojos de Alfredo se abrieron y miraron el desvaído techo de su habitación. Un hormigueo le recorrió las piernas producto de una mala postura. Se dio un breve masaje y se sentó en el borde de la cama. Se había quedado dormido y cayó de espaldas en la cama. La botella había caído al suelo, derramando un poco de líquido ambarino sobre la moqueta. El televisor hablaba de nuevo, ignorando completamente que se había encendido la pantalla hacía solo unos minutos; el corresponsal del noticiero explicaba un evento conmemorativo que se estaba preparando en tierra del fuego. Se levantó y se metió en el cuarto de baño; una ducha le quitaría el adormecimiento y le activaría el ánimo para la rutina diaria.

Alfredo salió del cuarto de baño, aún secaba su cabello con el paño cuando reparó en el aparato de televisión. El ruido ya le estaba causando molestia, así que lo apagó, dejando la habitación bajo un aliviador silencio. Bajó hasta la sala para acceder a la cocina; se prepararía un sándwich con lo que encontrara en la heladera y bebería un vaso de jugo de naranja, dando inicio así a las actividades que tenían por objeto aniquilar de la forma más rápida posible el pasar de las agujas del reloj.

Trotó de nuevo durante una hora después de su rutinario desayuno, tomó una ducha con agua templada igual que todos los días mientras dejaba su comida reposar en la mesa. Ocupaba su mente en planificar la actividad que realizaría después de acabar con la que estaba llevando a cabo para no pensar estupideces; estupideces que llevan a

pensar en estupideces cada vez más grandes hasta que un día esas estupideces pasan al plano físico y, sin darse cuenta, se ha cometido una estupidez, y el mundo está plagado de estupideces que comenzaron con solo pensarlas. El ruido del teléfono lo sacó de sus pensamientos mientras se dirigía a la cocina, lo atendió y su semblante se suavizó cuando escuchó la voz de Manuel.

-Hola papá!- dijo la voz juvenil de Manuel Ponce.

-Hola hijo!- respondió Alfredo con notable emoción. -Cómo te va?-

-Todo bien, pa, y vos? Estás tomando tus medicinas? Todo está bien allá?-

-Sí, hijo, todo está bien por aquí, no debes preocuparte...- la pausa hizo parecer que intentó decir algo más pero algo lo detuvo.

-Dime, pa!-

-No... Nada, está bien, muchacho.-

-Para finales de mes iré a visitarte, viste?- habló, rompiendo el silencio incómodo que se produjo. Alfredo respondió con una evasiva y dirigió la conversación por otros derroteros hasta que una despedida indicó el final de la conversación. Alfredo colgó el auricular y decidió continuar con su rutina. Hubiera decidido también evitar los recuerdos que llegarían, pero eso estaba fuera de su control.

Manuel Ponce era un muchacho de veintidós años de edad que vivía en La Plata, se había mudado ahí unos dos años atrás debido a una beca universitaria que obtuvo gracias a su buen rendimiento académico y donde ahora cursaba estudios superiores de derecho. Alfredo había usado sus ahorros para pagar la residencia en la que vivía Manuel, contribuyendo así con el progreso del muchacho. No hubiera querido desprenderse de lo único que lo mantenía con los pies pegados al planeta tierra, pero no

podía retenerlo tampoco para siempre, y contribuir con él, aparte de ser su deber como padre, le daba también cierta paz consigo mismo. Alfredo miró instintivamente el retrato que había en la mesita telefonera en la que un pequeño recuadro protegido por un cristal contenía la fotografía de un niño de unos siete años con una sonrisa gigante posaba en medio de sus padres. "Rosa!" pensó Alfredo al pensar de forma inevitable en su esposa. Sabía que eso pasaría, pero qué otra cosa podía hacer? Una cosa llevaría a la otra. Acabó su almuerzo y, de camino a la sala que da acceso a la planta de arriba, vio de reojo la alacena en la que guardaba el licor. Hizo caso omiso y continuó caminando, pero sólo avanzó dos pasos antes de detenerse y volver sobre sus pasos. Titubeó un poco, pero al final se dijo "qué diablos!" y abrió la pequeña compuerta y sacó una botella, era de whisky barato y estaba aún sin abrir. Si iba a tener que lidiar ahora con su propio cerebro, lo haría bajo los efectos de algún atenuante, o al menos esa era su intención.

Los primeros tragos sólo hirieron su garganta, pero cuando el efecto etílico comenzó a hacer efecto, las heridas de otra índole y de otros tiempos regresaron como un pelotón de asalto con el que no valía la pena batirse. Se derrumbó en la cama, teniendo cuidado de, esta vez, no dejar la botella en el suelo, se sirvió otro trago y lo bebió de un solo golpe.

Rosa no había sido su primer amor, pero sí el último, y el fruto de ese amor era Manuel. La conoció en las instalaciones del hospital militar de la ciudad de Buenos Aires, dos años después de su retiro del ejército. Estaba atendiendo asuntos legales de su pensión como ex-militar y ella era la

enfermera encargada de dar constancia de que todo estuviera en orden. Coincidieron luego cuando él la invitó a salir, y lo que sucedió luego fue una serie de eventos aparentemente fortuitos que los llevaron a entablar una amistad muy estrecha y, después de un romance en el que tuvieron la oportunidad de conocerse más a fondo, floreció un amor que los unió como marido y mujer en un matrimonio lleno de felicidad. Pronto Nació Manuel y la vida parecía ser completa. Afianzada como una roca que encuentra al fin reposo después de ser arrastrada por la corriente. Pero el destino una vez más se encargó de jugar las cartas que le vino en gana y separar a la feliz pareja: un terrible accidente en coche convirtió en viudo a Alfredo Ponce y en huérfano de madre al pequeño muchacho, quien contaba ya con dieciséis años, situación aún peor para afrontar la muerte de un ser tan allegado; para un bebé debía ser más sencillo, pensaba él. Pero la vida fue así.

La tensión entre ambos hombres era cada vez mayor. Manuel en su adolescencia difícil y Alfredo en su aceptación de aquel golpe tan fuerte terminaron por separarlos también. Manuel era un muchacho inteligente, y supo convencer a Alfredo de que lo dejara manejar el pequeño negocio familiar con el que obtenían sus ingresos: una armería que había fundado con lo que obtuvo de su retiro. Alfredo aceptó, y Manuel pasó así a dejar a su padre sin las preocupaciones de atender un negocio que iba, hasta ese momento con tendencia a la quiebra. Por fortuna, la pericia de Manuel logró sacar a flote la armería y estabilizar su situación y la de su padre. Justo antes de partir a la plata, le visitó en la casa de retiro de

Alfredo, ubicada en Hudson y le dio de regalo un precioso revolver Smith & Wesson plateado para que, el dueño de una armería, tuviera un arma real en lugar de aquel rifle de aire que tenía siempre a mano al lado de la mesita de noche; sí podía intimidar, pero no dejaba de ser un juguete. El arma se encontraba ahora en la parte alta de su armario; sólo tenía seis balas, alojadas cada una en el espacio para el que estaban dispuestas en el tambor del arma. Y ahí se quedarían, esperaba él, para siempre. De haber sabido que iba a necesitarlo antes del tiempo que previó, hubiera comprado más municiones.

Más allá, en la densidad del verde bosque que se imponía a la noche como un pez colérico en medio de un océano inmenso, un verde resplandor apareció súbitamente en mitad de la nada; en mitad de un punto poco específico del bosque. Sólo duró unos cuantos segundos y luego desapareció.

CAPÍTULO 03

A las siete de la mañana, el sistema de encendido automático del televisor se activó. Alfredo llevaba ya casi una hora despierto, había sido una mala noche, llena de sueños sin sentido y de imágenes; recuerdos, más bien, de una calle bañada en luces rojas por todas partes, cubierta por una noche verdosa; de coches destrozados y olor a goma quemada. Salas de hospital con un raro color verde en las paredes y gente corriendo de acá para allá con rostros angustiados y preocupados, luego, la tranquilidad y silenciosa quietud del campo santo, con pequeños grupos de personas vestidas de negro en torno a una urna que más temprano que tarde sería introducida en el que sería el descanso eterno. Un último adiós lleno de lágrimas lo sacó de aquel mundo onírico; se sintió aliviado de escapar de aquel extraño sueño, provocado seguramente por el whisky.

Se levantó haciendo un esfuerzo inusual, a regañadientes y desganado. Corrió la cortina para dejar entrar la luz del sol, pero lo que él clima ofrecía era una cara llena de tristeza; el cielo nublado y gris parecía estar a punto de estallar en llanto. Dejó las cortinas abiertas y continuó con su rutina, esta vez arrastrando los pasos, movidos por un impulso de voluntad que lo obligaba a no tirarse de nuevo a la cama y, tal vez, saltarse ese día; después de todo, un día menos no haría mucha diferencia.

Salió con un ápice más de ánimo del cuarto de baño, y fue directamente a apagar la televisión para acallar el ruido que le martilleaba el cráneo, pero cuando se acercó a la pantalla, observó que un hombre muy

abrigado le hablaba, con expresión solemne, directamente a la cámara, sosteniendo un micrófono y explicaba los detalles del evento que se llevaría a cabo en tierra del fuego. Se quedó mirando la noticia que transmitía el corresponsal del noticiero detallaba la realización de un desfile conmemorativo la semana siguiente frente al monumento a los caídos en la capital de la provincia. No pudo evitar sentir una punzada de nostalgia y un dolor lacerante que provenía de una treintena de años atrás le atravesó el pecho como si acabase de recibirlo. Dejó el paño húmedo sobre la cama, observó la botella medio vacía que, por fortuna, se hallaba cerrada. Se fue hasta la cómoda y abrió la gaveta en la que guardaba, debajo de una caja que contenía tres relojes, un estuche negro en el que había una medalla cuidadosamente guardada. La contempló un largo rato. Lanzó un profundo y grave suspiro y cerró de nuevo el estuche.

La vida solitaria de Alfredo, alejado de todo y de todos no había sido una decisión fácil, pero tampoco lenta; al contrario, pasó pocos meses sólo en su casa de la población de Mataderos después de que Manuel se hubo marchado a la capital, y desde que se instaló en aquella vieja casa de retiro en las profundidades del bosque había hecho de vivir una rutina, un programa de entrenamiento al que debía sobrevivir cada día, en el que al final se dedicaba a una sesión de ocio total que podía, o no, incluir unas cuantas copas de vino o algunos tragos de whisky. Ese día, sin embargo, decidió no beber, pues consideró un abuso consigo mismo haberse perdido entre los vapores alcohólicos las noches anteriores y atribuyó su decaimiento a esos abusos. Continuó con su rutina, viendo de forma

positiva el hecho de que, debido al esfuerzo que tenía que poner para cada actividad, gastaba más energía y tiempo, por lo que el día duraría mucho menos.

La oscuridad llegó pronto, y Alfredo subió a su habitación más cansado que de costumbre. Notó que había dejado la botella de whisky a medio tomar sobre la mesita de noche. No la tocó. Encendió la televisión y se recostó en la cama a observar la programación hasta quedarse dormido. Cuando el cansancio comenzaba a pasar factura, se desvistió y se metió bajo las sábanas. El sistema automático del televisor apartaría las luces de sus ojos cuando estos estuvieran cerrados, así que no se preocupó en apagarlo antes de irse a la cama.

No pudo dormir bien, así que la noche transcurrió lentamente; se despertó varias veces entre sueños extraños y agitados, temió necesitar unos tragos de whisky para conciliar el sueño, pero se armó de voluntad y dejó la botella donde la había puesto. Se levantó para ir al baño; cosa que también se le antojó extraña, tener que mear de madrugada, pero hay necesidades que ni la más estricta disciplina pueda hacer esperar. Salió del baño y se dirigió a la cama, pero algo en la negra pantalla del televisor llamó la atención de su visión periférica, y su vista se dirigió allí de forma instintiva. “¿Qué carajos es eso?” se preguntó, acercándose al silencioso aparato, en cuya pantalla había un punto luminoso de color verde y que tenía el tamaño de una tapa de botella.

Algo en su mente se disparó, un recuerdo de una vida enterrada en el olvido se levantó de su ataúd para advertirle que ese punto de luz que veía reflejado en la

pantalla provenía de alguna parte, fuera de la casa, a sus espaldas. Se irguió de golpe, como si tuviera resortes en las piernas, y una palabra se repetía en su cerebro como un anuncio de neón: Francotirador. No se volvió hacia el balcón, en su lugar se lanzó hacia el suelo y se metió entre las patas de la cama, poniéndose a cubierto. Desde esa posición, veía claramente el punto verde dibujado aún sobre la pantalla del televisor apagado. "?pero qué carajos?" se preguntó de nuevo.

Se sintió como un tonto, claro, su reacción fue tardía, y si hubiera sido lo que pensó que era, en este momento estaría del otro lado del barrio. Reguló su ritmo cardíaco controlando la respiración y se auto indujo a la calma. Miró la botella que aún estaba en la mesita de noche y decidió que la devolvería a la alacena de la cocina, o la tiraría a la basura, mejor. Se asomó con cautela por el borde de la cama, mirando en dirección hacia la ventana y, para su asombro, el dichoso punto estaba también ahí, como si pudiera de alguna forma atravesar la cortina. Entonces comenzó a pensar con un poco más de calma. "no puede ser un francotirador, coño!". Recordaba con escalofriante claridad la pesadilla que significaban aquellos hombres invisibles cuyos disparos suponían una muerte segura. "si fuera así, y por la lentitud con la que te pusiste a cubierto, ya serías un fiambre! Pelotudo!" se reprendió a sí mismo. Así que bajo la convicción de que aquello no era una amenaza confirmada, se irguió y avanzó hasta la cortina. Tragó entero y estiró la mano con cautela hasta que la tocó.

De un tirón corrió la cortina y se asomó al balcón. Más allá, el sol seguía descendiendo tras el tupido bosque. La luz

del día iba disminuyendo su intensidad y pronto el manto celeste se volvería oscuro y silencioso, instando a las criaturas que deambulaban por allí a guarecerse en algún refugio cualquiera, pues siempre hay algún aliado de las sombras al acecho.

CAPÍTULO 04

Era una vista preciosa la que ofrecía el lago; sus aguas en inquebrantable quietud estaban matizadas por varios tonos de color, dominados por el verde aceituna, propiedad que adquiriría al reflejar el follaje del bosque circundante. El paisaje cambiaba poco, por más que la mirada paseara de aquí para allá, pero el dichoso punto luminoso desapareció sin dejar rastro. Alfredo dejó los binoculares, y miró sin ellos a ambos lados, buscando. El sol había comenzado a lanzar suaves destellos desde el lejano horizonte, llenando todo de claridad, apartando la oscuridad como quien borra un pizarrón. Alfredo corrió de nuevo la cortina desde fuera de la habitación, inspeccionando con cuidado, pero no logró ver algo fuera de lo normal. Y hasta comenzó a dudar de su propia cordura.

Decidió dejarlo pasar. Tal vez fuera una jugarreta de su imaginación. Después de todo, no era la primera vez que le sucedía. Cierta vez, un hilo de petardos navideños lo sorprendió en plena reunión en la casa de unos vecinos y de la impresión, sacó su Smith & Wesson del .357, y apuntó en dirección a las explosiones, asustando a más de uno. Desde ese día, decidió no llevar un arma encima nunca más.

Decidió bajar a la cocina, cogió la botella de la mesita para ponerla donde la había encontrado, desechando a último minuto la idea de echarla al cesto de basura. Bajó las escaleras hasta la cocina, abrió la nevera y se sirvió un generoso vaso de zumo de naranja; mucho más saludable que el

whisky barato. Volvió a la planta alta esperando encontrar, al entrar en la habitación, el punto verde en alguna parte, pero todo estaba como si nada hubiera ocurrido, eso lo hizo sentirse tonto, pero aliviado, no era que estaba muy entusiasmado con la idea de que algo quebrara su bien definida rutina. Con el televisor encendido se quitó la ropa y se metió al baño. Un baño despejaría su mente y activaría sus sentidos.

El resto del día transcurrió con absoluta normalidad, hizo su rutina de trote por la mañana, su desayuno ligero y uno que otro imprevisto propios de una casa vieja. Cuando la luz del sol estaba en pleno apogeo, a eso de las tres de la tarde, Alfredo pensó en salir a dar una vuelta al bosque a ver si encontraba aquello que le apuntó con el laser verde, aunque, pensándolo mejor, no le apuntaba a él, cierto? Y en todo caso, apuntaban? En fin, salió a dar un paseo por ahí, pero sin intención de nada, sólo para despejarse un poco. El clima afuera estaba nublado, pero no había señales de que fuese a llover, así que sólo se puso la campera de paseo sobre una chemise para alejar un poco el frío y salió a pasear. Después de todo, quedarse a no hacer nada en la casa era lo último que hubiera pensado hacer. Más tarde pensó en que debió haber tirado la botella, o mejor, todas las botellas.

Volvió a eso de las seis de la tarde. El sol aún mantenía su dominio luminoso y mantenía a raya todos los terrores que trae consigo la noche. Se quitó la campera y la dejó sobre el mueble de la sala. Se frotó las manos junto a la salamanca hasta que sintió alivio en las manos y se fue a la cocina a preparar algún tentempié. Cuando

hubo terminado y se levantó para lavar los trastos, ya había decidido subir a la habitación, tomar un baño y luego coger su rifle de aire y disparar a las latas vacías que tenía amontonadas en un cesto debajo de la bacha.

Se quedó de una pieza cuando, al salir del cuarto de baño, vio su habitación invadida por una luz verdosa que entraba por la ventana aunque esta estaba protegida por aquellas gruesas cortinas color marrón sin gracia como si se colara a través de las costuras. Alfredo se puso alerta ante la anomalía. Enseguida su cerebro registró lo inusual del asunto, y recordó claramente que el color de la luz que convertía su habitación en una recámara alienígena era el mismo que tenía el punto con el que alguien le había apuntado la noche anterior. Consultó el reloj que descansaba sobre la mesita de noche y comprobó también lo intempestivo de la hora. Se acercó rápidamente y descorrió las cortinas, dejando entrar con toda su energía la verdosa luz, y se asomó al balcón para ver de qué se trataba todo aquello. Su corazón comenzó a latir como un potro desbocado, pero no pudo ver nada más allá del bosque.

Se alejó del balcón sintiendo una profunda sensación de ansiedad, observó el punto en el que parecía originarse el resplandor y se dijo que al amanecer iría hacia allá a ver qué estaba pasando. Salió de la habitación sintiendo un sudor frío, producto tal vez del subidón de adrenalina que ingresó a su torrente sanguíneo en sólo un segundo. Inspeccionó el resto de la casa, pero no encontró rastro de aquella luz, lo que quería decir que solo estaba iluminada, por alguna razón que no lograba comprender, su habitación. Volvió a subir, miró hacia un

lateral de su mesita de noche; el rifle de aire estaba ahí. Por puro instinto su vista se dirigió casi de forma automática hacia el armario y recordó el regalo de su hijo, que yacía encerrado en su caja cerrada con llave, justo debajo de otra caja grande, cerrada también con llave, que contenía un rifle de cerrojo winchester calibre 0.270. Pensó que hacía bastante tiempo que aquellas cerraduras estaban bloqueadas, ya era tiempo de ponerles algo de aceite.

Esa noche, el pesado cuerpo plateado del revolver cargado descansaba bajo su almohada; listo para escupir la ira de Dios sobre cualquiera que se atreviera a importunar a su dueño.

CAPÍTULO 05

El día comenzó igual que el resto, excepto por el hecho de que, y maldita sea si se estaba volviendo loco, le habían apuntado dos veces con una extraña luz verde. Desde que salió de la cama a ducharse había decidido pasar la noche en la planta baja, así no pudiera dormir. Bajó hasta la cocina después de su habitual y casi inalterable rutina, iba un poco más animado, la ducha por la mañana le había barrido buena parte de la pesadumbre que lo aplastaba. Sin embargo no podía dejar de sentirse perseguido por algo, sólo que no tenía idea de a qué se debía. Nada de eso impidió que el día transcurriese de manera extenuantemente normal. No dejó de pensar, pese a las actividades que realizaba con más ahínco, en que algo muy extraño había pasado y, casi con seguridad, volvería a pasar.

Hacia el final del día recibió una llamada telefónica. Se hallaba frente a la pantalla del televisor de la sala, bastante más pequeño y anticuado que el que tenía arriba, tenía en una mano un vaso de whisky con hielo, ya había bebido otro vaso con anterioridad.

-diga- contestó.

-hablo con el brigadier Ponce?- preguntó una voz áspera y con un deje autoritario. Alfredo reconoció un tono familiar.

-sí, señor, con él habla.-

-queremos extenderle una invitación al homenaje que se brinda a los integrantes del escuadrón alacrán. Se llevará a cabo el próximo dos del siguiente mes, quisiéramos contar con su asistencia, señor.

-oh...!- titubeó un segundo. Luego concretó - Muchas gracias, señor, ahí estaré.-

-perfecto! Gracias por confirmar-

Cuando la comunicación se interrumpió, Alfredo se quedó mirando el auricular en su mano como si esperase permiso para colgar. Depositó el aparato en su sitio y se recostó en el sofá, cerró los ojos y terminó de acabarse el ardiente contenido del vaso. Instantáneamente recibió los recuerdos como un vendaval.

La altura era la correcta, ya no ascenderían más. Delante se veían las montañas gemelas y el valle entre ellas parecía una cuna que alguien hubiera hecho para un gigante. El viento soplaba desde el este, y los poderosos motores del Puma no necesitaron hacer mayor esfuerzo para mantener el rumbo en línea recta, cortando el aire como si fuera un cuchillo sobre mantequilla. Iban en un tenso silencio, cada uno sentado frente a otro intercambiaban miradas que hablaban más fuerte y claro que la más fluida de las conversaciones. La misión era sencilla en esencia: ocupar el sector oeste para actuar como alerta temprana, cubriendo una línea más allá de los cerros, pero el enemigo era fuerte y experimentado, pulido tras dos mil años de batallas y guerras en las que el escudo y la espada eran los fieles y sagrados compañeros de aquellos guerreros fieles a la corona.

Habían hecho ya más de la mitad del recorrido cuando en la cabina del AE-501 se encendió una luz roja que no presagiaba nada bueno. Ojos como platos y puños aferrados a los sub fusiles fue la reacción general. Nadie podía saber que, en la base del ejército, a varios kilómetros de distancia, los radares detectaron un pequeño punto desprenderse de otro más grande, y que ahora volaba persiguiéndoles al doble de la velocidad del sonido.

El misil, un Sidewinder modificado, como se enterarían después, impactó en la cola, haciendo que el helicóptero, casi inmediatamente después de la terrible sacudida, girara alocadamente sobre su centro de gravedad y se precipitase a tierra. El experto piloto se aferró a los controles del aparato, superando todo el pánico que supone ver encendidas todas aquellas alertas y los ruidos desesperantes de las alarmas indicadoras de fuego, de pérdida de presión, de aceite, de combustible, de altura, de fuego; y luego de una serie increíble de maniobras, evitó por poco que se estrellase, dejando un reguero de cuerpos calcinados y mutilados.

El pájaro cayó a tierra inevitablemente. Los gritos de terror y desesperación por conservar la vida se ahogaban hasta desaparecer entre los ruidos de metal retorcido y las llamas rugiendo por doquier. Varios soldados que se habían alejado, empujados por el instinto primordial de continuar respirando, volvieron al aparato en llamas para rescatar a aquellos que aún estaban sepultados entre el fuego y el negro humo.

No supieron muy bien qué sucedió en ese turbulento episodio mientras realizaban las labores de rescate. Unos creyeron ver un segundo misil caer sobre ellos, incrementando el ruido y el fuego. Otros atribuyeron las explosiones a que las llamas alcanzaron los depósitos de municiones que llevaban a bordo, destrozando el ya castigado fuselaje del aparato.

Un importante porcentaje de bajas sufrieron los integrantes del escuadrón, y el recuerdo de lo que fue una batalla heroica contra un enemigo monstruoso quedó

para siempre grabado con fuego en la historia. Ahora son tiempos de paz, y la historia ya pasó las páginas, los sobrevivientes se preparan para otras batallas en otros escenarios.

Con otro trago, esta vez seco, terminó con aquel episodio; sabía que tenía que volver a vivirlo de principio a fin, de no hacerlo, las imágenes y sonidos continuarían asediándolo el tiempo que fuera, tal vez para siempre, si no llegaba a entender lo que ahora sabía. Al menos ahora podría descansar; sabía que no volvería a pasar por algo parecido mientras no tocara de nuevo la tecla del recuerdo. Estaba oscuro allá afuera, cerró las puertas y subió las escaleras. Decidió acabarse la botella en su habitación, al diablo con las luces, y al diablo con todo. Si Dios o el diablo estuvieran enviándole señales, pues él no las entendía, y esperaría a que apareciera, quien fuera que fuese, a hablarle claro y en sencillo español.

CAPÍTULO 06

La noche duró poco, muy poco. La incertidumbre no lo dejaba conciliar el sueño, y la intranquilidad, pese a sentirse protegido por su ángel de acero. Se levantó de la cama y se dirigió al balcón, salió a echar un vistazo a la densidad boscosa que tenía como vista principal; la oscuridad aún dominaba todo el panorama. No había en toda la extensión que abarcaba su vista algo ni medianamente raro. Un pajarraco se posó sobre una rama en un árbol cercano, y graznó odiosamente, castigando su oído. Volvió a la habitación y cogió el Remington de 5.5 milímetros; volvió a salir y, como esperaba, ahí seguía el feo pajarraco posado en la rama. Pareció verlo y volvió a emitir ese grotesco graznido.

En sólo dos segundos, Alfredo levantó el arma y apuntó, alineó la mira con el alza y presionó el gatillo. Un ruido ahogado salió del arma al tiempo que un ligero rebote provocado por la descompresión del Co2 le golpeaba el hombro. Levantó la vista a tiempo para observar al ave esquivar con destreza la munición y salir volando victoriosa, agradecida de poder volver a graznarle a otro, si no volvía por ahí nunca más. La claridad lo sorprendió ahí afuera. El frío a esa hora venía fortificado por una fuerte ventisca que hacía ondear las altas copas. Alfredo entró y cerró la ventana, no así las cortinas, que dejó abiertas para iluminar de forma natural la habitación. El

día no sería normal. Rompería con casi todas las rutinas que hacían de su día más corto.

Primero salió de la casa. Llevaba su hacha en mano para hacerse con un lote extra de leña. Descargó su frustración contra los trozos de madera y, luego de una larga jornada de esfuerzo físico, llevó la carga hasta el cobertizo y volvió a cerrarlo con candado. Entró a la casa por la puerta trasera y se dirigió directamente a la alacena, cogió todas las botellas que había ahí y las metió en una bolsa negra. Luego salió por la puerta delantera y tiró la bolsa en el tacho que había unos metros más allá.

Se dirigió de nuevo a la casa, pero un ruido lo detuvo en el umbral de la puerta. Se volvió y entornó los ojos, inspeccionando en la lejanía, pero no vio nada fuera de lo común. Justo cuando se volvió hacia la puerta para entrar, se quedó de una pieza cuando vio, dibujado en el centro de la chapa de madera, aquel endemoniado punto verde que lo hacía sentir como un gato al que quisieran joder con un apuntador laser.

Su paciencia se terminó.

Su rostro enrojeció tanto que cualquier médico le hubiera diagnosticado una súbita alza de tensión, se puso hecho un energúmeno, entró a la casa como un violento huracán; no tropezó por poco con el mobiliario. Subió las escaleras de tres en tres escalones y entró a la habitación yendo directamente a su cama. Lanzó la almohada al

suelo con exagerada violencia, dejando al descubierto el plateado cuerpo del revolver. Lo cogió y lo chequeó, comprobando la mortal carga: seis balas. Intentó salir de la habitación, pero se detuvo a pocos pasos de la puerta, se volvió hacia el armario y pensó mejor sus opciones.

Cogió la pequeña llave que había dejado en la gaveta de la mesita de noche. Se fue hasta el armario y levantó los brazos para coger la pesada caja, la puso sobre la cama e introdujo la llave en la cerradura. Los pestillos se dispararon, dejando la tapa entreabierta. Si su determinación había amainado un poco, ver de nuevo el luminoso punto verde en su pecho volvió a reanimarla. De pronto, la habitación entera fue invadida por aquella odiosa luz de fondo, también de color verde. Alfredo volvió al armario, abrió una de las gavetas inferiores y sacó una caja de municiones. Cargó el rifle completamente, lo puso en posición de disparo introduciendo la bala en la recámara y salió finalmente, decidido a poner fin a lo que fuera que estuviera perturbando su tranquilidad.

Más allá, en el espeso bosque, la luz misteriosa continuaba apuntando su fulgor hacia aquella habitación de la segunda planta, y como un rayo invisible, lo que había aparecido y reaparecido varias veces como un punto luminoso, era ahora una molesta presencia permanente.

CAPÍTULO 08

Alfredo salió de la casa hecho una furia; el punto verde aún pegado en el pecho como un prendedor luminoso. No recordaba que el rifle pesara tanto, se decía mientras corría por el prado en dirección al bosque. Llevaba el arma en la posición habitual de marcha en combate. Disminuyó la velocidad cuando atravesó la línea imaginaria que separaba el bosque del resto del parque, y se detuvo cuando hubo avanzado unos cuantos metros, dejando atrás la claridad que el sol otorgaba al área desforestada. Buscó en los alrededores intentando ubicar la fuente del punto, pero no importaba como girase, aquel punto seguía justo en el centro de su pecho, como si estuviera dibujado allí.

-Quién carajos eres?- preguntó a voz en grito, dirigiéndose al bosque en general. - Sal de donde estés! Hijo de las mil putas!- seguía gritando como un poseso. Volvió a correr unos metros en cualquier dirección. No temía de ninguna forma perderse, pues había vivido en ese bosque por años; además siempre podía contar con su brújula.

Creyó ver algo en la distancia, una forma sin forma allá a lo lejos entre los árboles. "puta madre!" pensó, y se agachó en posición de disparo, apuntó el tiempo que creyó necesario y tiró del gatillo. El trueno se escuchó por todo el bosque, y el fogonazo hizo volar varios grupos de aves que descansaban en los árboles. Alfredo volvió a erguirse, se hizo visera con la

mano pero no observó ningún cambio; la luz verde seguía ahí, igual que aquel maldito punto en su pecho. No cabía en él más enojo. Cogió el rifle y pasó el cerrojo, introduciendo una nueva munición, preparándolo para un nuevo disparo; avanzó unos pasos más y algo en uno de los flancos causó un celaje; se volvió bruscamente y apuntó de nuevo, disparando una segunda ronda casi de inmediato. Volvió a preparar el arma, y caminó en otra dirección, buscando algo contra lo que descargar su furia; el rifle de cerrojo es mucho más lento, pero un solo impacto bastaría para hacer pedazos cualquier cosa que se atravesara en el camino. Continuó avanzando por el bosque, intentando seguir un rumbo que lo acercara al foco de luz, pero este parecía no existir, y su paciencia pronto dejaría también de hacerlo.

Más allá del bosque, en una de las solitarias casas de madera en las que vivía algún otro solitario empedernido, el sonido de los disparos llegó como un eco de algo que nunca había escuchado por esos lados; pero eso no significaba que no supiera lo que era, así que el habitante; un hombre de unos setenta años, decidió asegurarse de que no hubiera ninguna sorpresa desagradable y levantó el teléfono, marcó los tres números de la central de seguridad del estado e informó de su inquietud. Del otro lado de la línea, el agente encargado tomó la llamada y la conectó directamente con la estación de policía más cercana e informó a su vez de la situación.

En pocos minutos una comisión aérea cercana de la división de guardaparques que estaba en actividad en ese momento, recibió la instrucción de acercarse a las coordenadas que la central le indicó hacia solo un momento. El piloto de aeronave José Martínez estaba de turno y recibió la llamada del deber. Se calzó rápidamente su uniforme de vuelo junto a Miguel Sanetti, el copiloto con el que siempre volva. Abordaron el helicóptero AS350 Ecureuil pocos minutos después y despegaron de la plataforma para, una vez a la altitud correcta, introducir los números de coordenadas en la computadora de abordo y de inmediato el morro del aparato se inclinó hacia abajo, tomando el rumbo establecido.

Aún el sol iluminaba los cielos, y las nubes blancas parecían apartarse para dejarle paso al pequeño pájaro de acero. Más allá, la mancha verde que era el bosque del parque Pereyra se podía ver en toda su extensión, y también, en algún punto dentro de la espesura, un leve resplandor color verde parecía emerger como algo que parecía, pero no podía de ninguna forma ser, lo que ambos creían que era.

CAPÍTULO 09

A varios metros de altura, el helicóptero sobrevolaba las inmediaciones de la reserva forestal de Hudson. El copiloto observaba el lago y la zona boscosa que lo bordeaba cuando vio un bulto en medio del área iluminada por el resplandor le llamó la atención. Cogió los binoculares y observó con más detenimiento. Luego señaló el lugar en medio del denso verde en el que un foco emitía aquella extraña luz, muy parecida a la que se producía al manipular un artefacto secreto que fue adquirido recientemente por el ejército. En su trayectoria, el haz verdoso chocaba contra una figura humana.

-mirá, Jo, allá abajo, viste?- José Martínez desvió un poco la mirada hacia el área señalada.

-sí, ya lo vi.- afirmó, y a continuación cogió el aparato de radio que colgaba del techo, junto a un laberinto de interruptores y señales. Martínez ajustó unos diales y el pequeño artefacto crepitó antes de escupir una voz anodina.

-policía federal, hable-

-patrulla aérea, tenemos una situación aquí.- comenzó, y luego informó su posición mediante coordenadas. -varios sujetos en actividades sospechosas, al menos uno de ellos armado!-

-copiado, guardabosques, enseguida atendemos, fuera!-

La comunicación se cortó, y el aparato de radio quedó emitiendo una suave estática hasta que el piloto Martínez lo puso en stand by y lo colgó en su lugar.

-daremos una vuelta de reconocimiento, Migue.-

-bárbaro.- respondió el copiloto. Enseguida Martínez manipuló los mandos hacia adelante y el aparato bajó la nariz, tomando impulso

hacia adelante, para luego describir un amplio arco continuo que haría varias veces hasta recibir nuevas órdenes.

La comisión policial no podía llegar directamente al sitio indicado debido a lo accidentado del camino, así que detuvo el coche a varios metros y continuaron a pie, iluminando el camino con linternas tácticas. Podían ver claramente el helicóptero patrullando en amplios círculos la zona, en la que efectivamente se podía observar un extraño fulgor verde.

-allá adelante, capo!- soltó el oficial más joven, señalando un punto a varios metros allá adelante.

-ya lo veo, boludo! Creés que soy ciego?- respondió el otro, desabrochándose la pistolera mientras corrían hacia el sitio que recibieron desde el helicóptero. Corrieron tan rápido como pudieron, hasta que en un punto se detuvieron, al ver el verde resplandor hacerse más intenso y más grande; lo que no pudieron ver era el artefacto que se suponía debía estar detrás del foco.

-ahí no veo nada, che!- aseveró un oficial, el que parecía más joven.

-no, pues yo tampoco. Viste que hay que acercarse a investigar!-

-pará! pará!- lo detuvo, haciendo una seña con una mano, mientras con la otra desenfundaba su arma. -mirá! Allá está el tipo con el arma, viste?-

-no, no, boludo, no lo veo...- dijo el otro, pero al observar con más detenimiento lo encontró. Procedió también a sacar el arma de su funda y, también, a poner su dedo índice sobre su boca, ordenando que a partir de ese momento, debían actuar en silencio.

Ambos tomaron posiciones, y mientras se acercaban al sujeto apagaron las linternas,

pues el resplandor verde, aunque tenue, servía para no andar a tientas. También manipularon los diales de sus radios para evitar que emitieran algún ruido, evitando así alertar al sospechoso y provocar una situación fuera de control. Se acercaban con paso cauteloso, siempre teniendo a la vista al compañero. Se ocultaron tras unos árboles y observaron antes de actuar. El hombre parecía abstraído viendo directamente hacia el foco que ellos no podían ver, poniendo especial atención en el rifle de caza que llevaba consigo. En cierto momento hicieron amago de entrar en acción cuando vieron al sujeto levantar, o hacer el intento, de levantar el arma, más continuaron tras su escondite al ver al hombre desistir y soltarla. Los oficiales cruzaron miradas y el más viejo hizo una señal con la cabeza al otro, el otro asintió; la orden era clara: Ahora!

-Alto! Alto!- gritaban ambos en el momento en el que salieron de detrás de los árboles, apuntando sus armas al hombre que se encontraba de espaldas, a varios metros de ellos.

-Alto ahí! Suelte el arma! Las manos sobre la cabeza!- Seguían gritando, a pesar de ver que la supuesta arma estaba ya en el suelo. Por un momento pareció que no los escuchaba, pero luego lo vieron arrodillarse y supusieron que podían reducirlo sin problemas. Apretaron el paso, querían mantener la situación bajo control la mayor cantidad de tiempo posible, y poner el arma del sospechoso fuera de su alcance era primordial. Hasta ese momento, el procedimiento parecía seguir al pie de la letra el manual.

El dichoso documento no podía estar más lejos de la realidad.

Los uniformados llegaron por fin al sitio. Pero no había ningún sospechoso ahí. Lo que parecía ser una persona, resultó no ser nada en lo absoluto. Ambos se volvieron a mirar las caras, con los ojos abiertos como platos. El oficial más viejo, sin enfundar su arma, activó el dial de su radio para comunicarse, mas ninguna palabra pronunció. Buscó la opinión silenciosa de su compañero, que le transmitió una negativa temerosa moviendo suavemente la cabeza de lado a lado. Su compañero, aún con la mirada puesta sobre él, se acercó a lo que reconoció como un rifle de caza winchester tirado ahí en el suelo. Aquel tenía la intención de patearlo, como indicaba el manual, pero no se atrevió, el otro no se atrevió a contradecirlo, dejando a su criterio cualquier acción que decidiera tomar. Pronto cayeron en la cuenta de que aún estaban bajo el influjo de aquel siniestro resplandor verde y, mirándose una vez más, decidieron mantener el silencio radial y no abrir la boca hasta volver a su coche.

El contacto del coche patrulla se puso en marcha apenas la llave giró junto al cilindro, y casi al mismo tiempo el mecanismo de aceleración se activo por la presión que el oficial ejerció sobre el pedal. Ninguno de los dos dijo nada mientras el coche derrapaba por la vía sin asfaltar hasta enfilarse hacia la carretera, a donde llegó en menos de cinco minutos, y aceleró por el camino hasta confundirse con la oscuridad y desaparecer.

EPÍLOGO

El helicóptero dejó de patrullar en círculos para detenerse en un punto cualquiera sobre las altas copas. Dentro, el piloto miraba hacia abajo usando los binoculares, y seguía sin entender lo que acababa de pasar. Primero vio los dos puntos azules abandonar el coche patrulla en las adyacencias del bosque, y acercarse a la zona iluminada por el foco invisible, luego permanecieron inmóviles por un buen lapso de tiempo hasta que finalmente decidieron actuar, sin embargo, lo que vio desde arriba fue a ese par de policías tomar el sitio por asalto y luego deambular sin sentido de aquí para allá. Dejó los binoculares en manos de su compañero y descolgó el aparato de radio de su holder. Intentó comunicarse con los oficiales, mas sólo recibió la estática que indicaba que el receptor no estaba disponible. Volvió a coger los binoculares y observó, Luego, ambos puntos se alejaron de la zona, primero lentamente, y luego en una carrera desesperada hasta el coche patrulla, que dejó una estela de tierra arrancada por el arranque a toda velocidad.

FIN